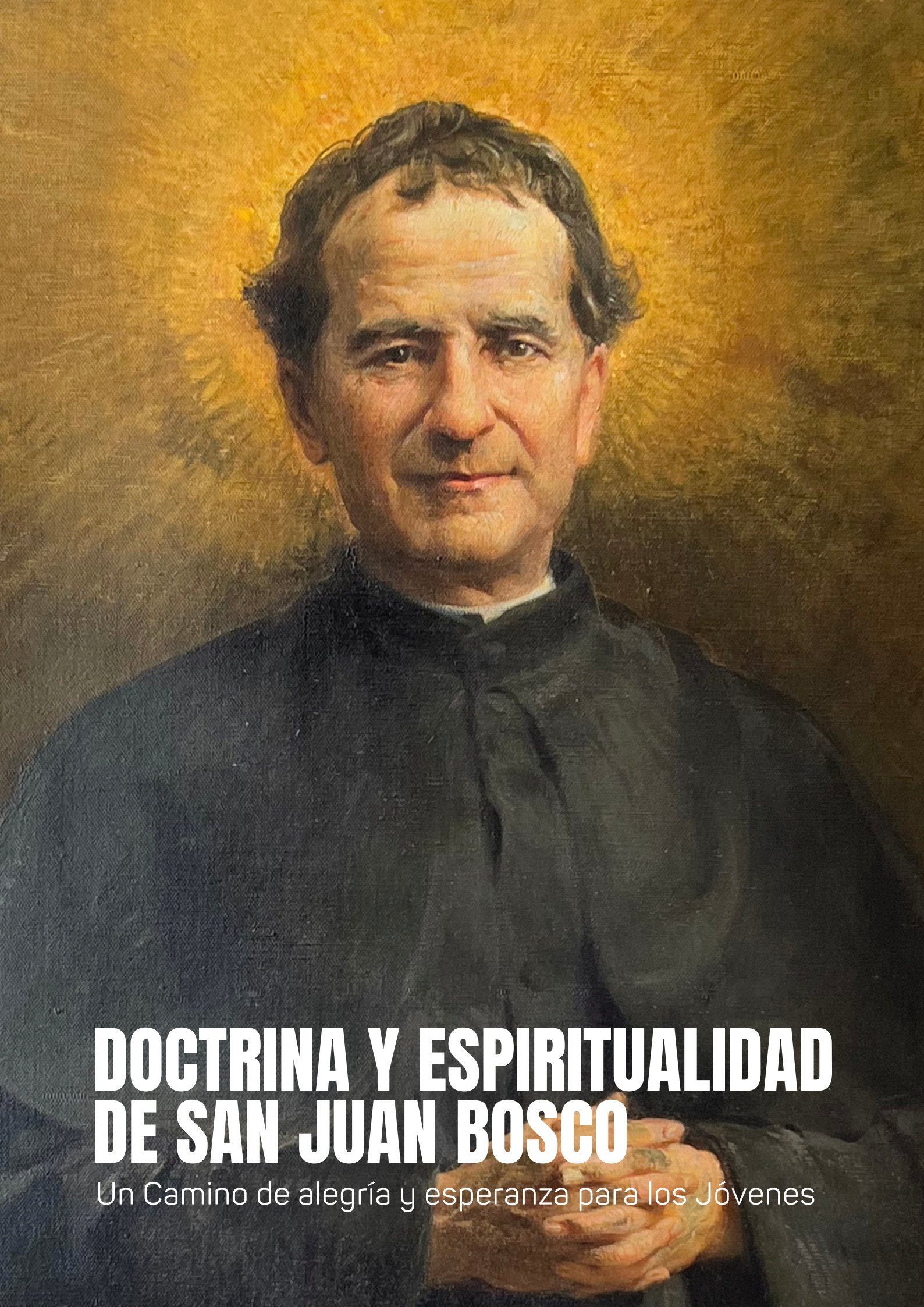




DOCTRINA Y ESPIRITUALIDAD DE SAN JUAN BOSCO

Un Camino de alegría y esperanza para los Jóvenes



¿Quién fue San Juan Bosco?

Un modelo de santidad para el mundo de hoy

Juan Bosco nació el 16 de agosto de 1815 en la colina de I Becchi (Castelnuovo), en el seno de una familia humilde. Su padre, Francisco, contrajo matrimonio con Margarita Occhiena, con quien tuvo dos hijos, José y Juan. De un matrimonio anterior, Francisco tenía otro hijo, Antonio, hermanastro de Juan.

Su infancia estuvo marcada por la dureza de la pérdida de su padre cuando tenía solo dos años. A pesar de las dificultades, Juan Bosco mostró un gran deseo de aprender y, tras recibir sus primeras enseñanzas de los sacerdotes Laqua y Calosso, en 1831 se trasladó a Chieri para completar sus estudios. Cuatro años después, en 1835, ingresó en el seminario de la misma ciudad, donde permaneció hasta su ordenación sacerdotal el 5 de junio de 1841.

Tras ser ordenado, continuó su formación en el Convitto Eclesiástico, donde, guiado por San José Cafasso, descubrió su vocación: dedicarse a la educación y evangelización de los jóvenes más necesitados a través del Sistema Preventivo.

A lo largo de su vida, se entregó plenamente a esta misión. En 1859 fundó la Sociedad de San Francisco de Sales, en 1872 el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y en 1876 la Asociación de Salesianos Cooperadores, consolidando así su legado educativo y pastoral.

Falleció el 31 de enero de 1888 en Valdocco (Turín), dejando un carisma que, hasta el día de hoy, continúa extendiéndose por los cinco continentes.

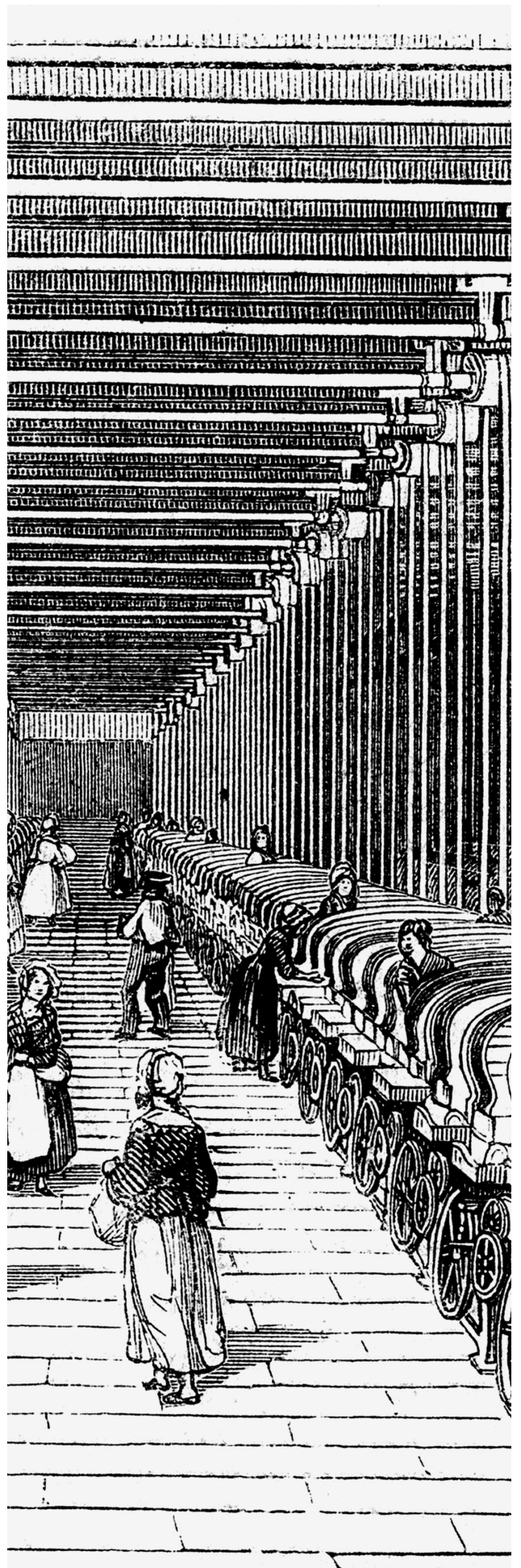
CONTEXTO HISTÓRICO Y MISIÓN

San Juan Bosco nació en un período de grandes cambios políticos, económicos y sociales. La Europa en la que creció estaba marcada por la caída del Imperio Napoleónico y la Restauración impulsada por el Congreso de Viena (1815), que intentó **reinstaurar el orden monárquico** tras las guerras revolucionarias. Mientras tanto, en Hispanoamérica, el proceso de independencia (1810-1824) avanzaba, transformando el mapa político del continente.

En este contexto de inestabilidad, Europa experimentó diversas revoluciones liberales (1820, 1830, 1848), impulsadas por el deseo de mayores libertades políticas y sociales. Al mismo tiempo, la Primera Revolución Industrial (1830) estaba cambiando profundamente la economía, dando lugar a una **migración masiva del campo a las ciudades**. Esta transformación provocó condiciones laborales precarias, pobreza extrema y la aparición de un nuevo grupo social vulnerable: los jóvenes obreros abandonados y sin oportunidades de formación.

Italia también vivió cambios drásticos debido al auge del nacionalismo y al proceso de unificación (1870), que trajo consigo conflictos y desplazamientos. En este clima de incertidumbre, el trabajo infantil, la falta de educación y la desprotección de los jóvenes eran problemas acuciantes.

Ante esta realidad, Don Bosco sintió la llamada de Dios para responder a la crisis juvenil de su tiempo. Su labor se enfocó en brindar educación, formación cristiana y un ambiente de familia a los jóvenes más desfavorecidos. En 1841, fundó el Oratorio de San Francisco de Sales, un espacio donde los niños y adolescentes podían encontrar acogida, aprender un oficio y crecer en la fe.



LA PEDAGOGÍA DEL AMOR

LA AMOREVOLEZZA: UN MODO DE AMAR CONCRETO

Don Bosco no improvisó, sino que preparó el terreno, y lo hizo con una pedagogía concreta, la amorevolezza salesiana. Su sistema preventivo, basado en la razón, la religión y el amor, fue como un arado que removía las raíces de aquellos jóvenes en desesperación y abrió surcos para que entrara la gracia de Dios en sus corazones. Él no veía a los jóvenes como casos perdidos, sino como almas necesitadas de orientación. Su pedagogía del amor fue como esa lluvia suave que ayudó a nutrir las semillas de fe en los corazones de los jóvenes.

De aquellas semillas sembradas por Don Bosco brotaron vocaciones que cambiaron el mundo. Jóvenes, como muchos de los animadores que se encuentran aquí hoy, que encontraron en su oratorio un lugar donde crecer. Muchos se convirtieron en sacerdotes y educadores, y en miembros de la familia salesiana.

DA MIHI ANIMAS

DADME ALMAS, Y LLEVAOS TODAS LAS DEMÁS COSAS

El artículo 4 de las constituciones de los salesianos habla sobre el programa de vida que Don Bosco nos señaló con la máxima: *Da mihi ánimas, cétera tolle*. En la Vida del jovencito Savio Domenico don Bosco escribe lo siguiente:

Llegando a la casa del oratorio, fue a mi despacho para ponerse, como él decía, totalmente en manos de sus superiores. Su mirada se dirigió enseguida a un cartel en el que, con grandes caracteres, están escritas las siguientes palabras que solía repetir San Francisco de Sales: Da mihi animas, coetera tolle. Se puso a leer atentamente, y yo deseaba qué entendiese su significado. por eso le invité, más aún, le ayude a traducirlas y sacar este sentido: oh señor, dadme almas, y llevaos todas las demás cosas. él pensó un momento y después añadió: he entendido; aquí no hay negocio de dinero, sino negocio de almas, he entendido; espero que mi alma forme también parte de este comercio.

AMISTAD CON JESUCRISTO

RELACIÓN DE ÍNTIMA UNIÓN CON DIOS

Un momento crucial que marcó la profunda amistad de Don Bosco con Jesucristo fue su sueño de los nueve años. En este sueño, Jesús se le presentó como el Buen Pastor, indicándole que debía ganarse a los jóvenes con la mansedumbre y la caridad. Este encuentro temprano forjó en Don Bosco una identificación vital con la figura de Jesús.

Para Don Bosco, Jesús era un modelo vivo de compasión y cariño. Él veía a Jesús a un amigo con el que identificarse, profundamente humano, cercano y preocupado por los demás. Esta concepción de Jesús como amigo y guía influyó directamente en su método educativo y pastoral. Don Bosco buscó encarnar en su propia vida el amor de Dios manifestado en Jesús, transmitiendo a sus salesianos la importancia de amar a Dios en los jóvenes. Su espiritualidad se nutrió de esta relación íntima con Jesús: "El pensamiento de la presencia de Dios te debe acompañar en cada momento, en cada lugar y en cualquier acción".

TRABAJO Y TEMPLANZA

EL TRABAJO Y LA TEMPLANZA HARÁN FLORECER LA CONGREGACIÓN

Estos dos elementos están intrínsecamente unidos, como aparecen en el sueño de los diez diamantes, colocados en los hombros, sostienen el manto del personaje. El trabajo santifica en el cumplimiento de nuestra misión en la medida en que participa de la acción creadora de Dios. La templanza lleva al dominio de sí, a ser el dueño de nuestro corazón, dominando nuestras emociones.

Incluso en su avanzada edad, Don Bosco insistía en continuar trabajando hasta el momento de la muerte. Vivió este criterio hasta el final, considerando el trabajo como fuente de santificación y unido al cumplimiento de la misión. La templanza la entendía como dominio de sí mismo, equilibrio y sentido común, guiando las acciones bajo la razón y la fe, buscando un punto exacto sin excesos. Para Don Bosco, la templanza no era una mera renuncia, sino un crecimiento en la fe, el amor y la entrega a Dios y a los jóvenes.

ALEGRÍA Y OPTIMISMO

LA BASE DE TODA SANTIDAD CONSISTE EN ESTAR SIEMPRE ALEGRES.

Don Bosco enseñaba que el optimismo y la alegría son esenciales en la vida cristiana y educativa. Creía que en cada joven, incluso en el más desafortunado, hay un punto accesible al bien, y el deber del educador es encontrarlo. El optimismo permite afrontar las dificultades con esperanza y confianza en los propios recursos. Frente al pesimismo de la sociedad, el espíritu salesiano destaca lo positivo y refuerza lo bueno en las personas.

La alegría, más que un sentimiento pasajero, es una fuerza interior que ayuda a superar las dificultades. Así lo transmitió al propio Domingo Savio cuando le dijo que “La santidad consiste en estar muy alegres”. Don Bosco veía en Dios al “Dios de la alegría” y promovía un ambiente festivo con música, teatro y celebraciones: “Un oratorio sin música es como un cuerpo sin alma. Su lema era “Sirvamos al Señor con santa alegría”, considerando la alegría un camino hacia la santidad.

VIVENCIA SACRAMENTAL

COMUNIÓN FRECUENTE Y CONFESIÓN

El encuentro con Dios se da a través del diálogo constante con Jesús, especialmente en la oración y los sacramentos. Don Bosco destacó la importancia de una espiritualidad sacramental, insistiendo en la frecuencia de la Confesión y la Comunión como medios fundamentales para fortalecer la relación con Dios.

Fue un pionero en promover la práctica habitual de estos sacramentos, recordando las palabras de Jesús en el Evangelio: “Sin mí no podéis hacer nada”. Para él, vivir la fe no era solo un ideal, sino una experiencia concreta a través de los sacramentos, donde el cristiano recibe la gracia y el impulso para su vida espiritual: “La frecuente confesión, la frecuente comunión, la misa diaria son las columnas que deben sostener un edificio educativo”. Su legado invita a hacer de la vida sacramental un camino de encuentro con Dios, fortaleciendo la fe y creciendo en santidad con la certeza de que la comunión con Cristo es fuente de fuerza y transformación.

LO COTIDIANO

NO DEJES DE CUMPLIR TU DEBER CADA DÍA

Para Don Bosco, la espiritualidad no se limitaba a momentos especiales, sino que se vivía en lo cotidiano, en el trabajo, en la educación y en la convivencia diaria. Creía que descubrir a Dios en lo simple y ordinario requería una mirada profunda y una actitud contemplativa.

Más que contemplar "en" lo cotidiano, enseñaba a ser contemplativos "de" lo cotidiano, reconociendo que la vida misma es un espacio sagrado donde Dios se manifiesta. En la educación salesiana, cada tarea, juego y conversación (palabras al oído) podía convertirse en un encuentro con Cristo resucitado. Su espiritualidad unía acción y oración, transformando el quehacer diario en un camino de santidad. Don Bosco veía en la alegría, el esfuerzo y la entrega diaria un modo real de vivir el Evangelio, haciendo de cada momento una oportunidad para acercarse a Dios y servir a los demás.

SANTIDAD PARA TODOS

HAGÁMONOS SANTOS, SI QUEREMOS QUE EL MUNDO HABLE DE NOSOTROS

Este rasgo tan característico de Don Bosco proviene del mismo San Francisco de Sales, un santo que fue fundamental en su vida. Concibe la santidad como un camino accesible para todos, no reservado a prácticas extraordinarias, sino vivido en lo cotidiano. El amor a Dios que se manifiesta en el amor activo y perceptible hacia el prójimo, especialmente los jóvenes.

La santidad se nutre de una vida sacramental frecuente, especialmente la Confesión y la Comunión, como medios esenciales para la unión con Dios. Oración y acción están unidas: el trabajo diario, especialmente la educación, se convierte en un lugar de encuentro con Dios. La santidad salesiana ha dado muchos frutos en personas concretas como San Juan Bosco, Santa María Mazzarello, Santo Domingo Savio, Santos Luis Versiglia y Calixto Caravario, San José Cafasso, San Artemides Zatti, Beato Miguel Rúa, Beata Laura Vicuña, Beato Felipe Rinaldi, Beata Magdalena Morano...

DEVOCIÓN MARIANA

CONFIAD EN MARÍA AUXILIADORA Y VERÉIS LO QUE SON MILAGROS

La devoción mariana es un rasgo distintivo e importantísimo de la espiritualidad salesiana. Desde su niñez, Margarita le inculcó una profunda devoción a María. Al nacer, fue consagrado a la Virgen. En los primeros años de su ministerio sacerdotal, Don Bosco insistió en la devoción a María bajo los títulos de la Consolata y de la Inmaculada. Sin embargo, posteriormente optó por el título de Auxiliadora.

Don Bosco depositó toda su confianza en María. En el sueño de los nueve años, María se le apareció, indicándole a los jóvenes como su campo de acción y la bondad como el método educativo-pastoral.

Siempre acudió a la Virgen. Al final de su vida, en el altar del Sacro Cuore, lloró 15 veces celebrando la eucaristía. Allí comprendió que “Ella lo ha hecho todo” y vio el cumplimiento de su obra.

AL SERVICIO DE LOS POBRES

PROTEGED A LOS POBRES, SI QUERÉIS LLEGAR A SER RICOS

La entrega de Don Bosco al servicio de los jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados, es un pilar esencial de su espiritualidad. Desde sus primeros años como sacerdote, centró su labor en los jóvenes más vulnerables, en especial los huérfanos de Turín. Siguiendo el consejo de su guía espiritual, Don Cafasso, visitó las cárceles de la ciudad, donde quedó profundamente conmovido por la situación de los jóvenes presos. Entonces se preguntó: ¿qué sería de ellos si tuvieran alguien que los guiara al salir?

Este anhelo de acompañamiento tomó forma el 8 de diciembre de 1841 con su encuentro con Bartolomé Garelli, dando inicio al Oratorio. Con el tiempo, este se estableció en Valdocco, donde en 1847 acogió a su primer interno. Poco después, su madre se unió a él en la misión, y junto a ella nació la tradición de las buenas noches, un espacio pedagógico donde educar a sus muchachos.

UNA MISIÓN PARA TODOS

BUSCAD ALMAS, PERO NO DINERO NI HONORES NI DIGNIDAD

El 11 de noviembre de 1875 por la tarde, la iglesia de María Auxiliadora de Valdocco albergó una gran celebración: el envío de los primeros diez misioneros salesianos a la Patagonia argentina. Don Bosco vio cómo se hacía realidad de esta manera el sueño que tuvo a los nueve años, y que se repetirá en 1844 con la famosa frase que estaba en la cúpula de María Auxiliadora ya en aquel momento, y que había escuchado en esa repetición del sueño: "Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria".

Desde aquel día los salesianos se han expandido por todo el mundo, hasta 134 países. Las misiones salesianas son una respuesta concreta de llevar el Evangelio a todos los rincones del mundo, especialmente a los más pobres y necesitados. Inspirados en su espíritu misionero, los salesianos han trabajado en comunidades marginadas, zonas rurales y lugares donde no había llegado la fe. Desde las primeras misiones en la Patagonia Argentina hasta la actualidad, los salesianos han fundado escuelas, oratorios, centros de formación y hogares para niños y jóvenes en riesgo.

ESPERANZA EN LA PROVIDENCIA

ES CONVENIENTE DEJAR TODO EN LAS MANOS DEL SEÑOR.

La esperanza en la Providencia Divina es un elemento central en la espiritualidad salesiana de Don Bosco. Es fundamental dejar todo en las manos del Señor, confiando en su guía. Sin embargo, esta confianza no implica pasividad; Don Bosco creía firmemente que la Providencia Divina quiere ser respaldada por nuestros esfuerzos.

Esta confianza en un Padre providente es la base para entregarle nuestras preocupaciones y tener esperanza en su intervención. La unión con Dios que Don Bosco promovía era una unión dinámica, que se manifestaba tanto en la oración como en la acción. Esta dependencia de Dios no anulaba la necesidad del trabajo incansable y la entrega a la misión. La esperanza en la Providencia se vive en una tensión saludable entre la confianza total en Dios y la entrega activa al trabajo. No se trata de esperar milagros sin poner de nuestra parte, sino de trabajar con diligencia sabiendo que Dios acompaña y sostiene nuestros esfuerzos. Esta actitud optimista, que caracterizaba a Don Bosco, se nutre de la certeza de que un Padre amoroso vela por sus hijos.

WWW.CULTURAYFE.ES